

# *El retorno de la retórica*

JOSÉ LUIS RAMÍREZ

El pensamiento científico de Occidente hunde sus raíces en la filosofía griega y muy especialmente en la obra de Platón y de Aristóteles. No tanto porque estos dos personajes fueran los más geniales —que también lo fueron— sino porque durante siglos fueron los más leídos. Durante un largo período de la historia de Occidente, en el que el número de textos era muy reducido y fácil de abarcar, todos los ilustrados europeos disponían de la misma bibliografía y en ella los dos filósofos griegos, especialmente Platón, tienen un lugar destacado. Ningún pensador moderno puede aspirar, ni por aproximación, a ejercer la influencia que esos dos autores disfrutaron sobre la elite intelectual europea. El filólogo sueco Ingemar Düring nos explica sin embargo, en su magnífico libro sobre la vida y la obra de Aristóteles<sup>1</sup>, la diferente suerte que corrió la obra del Estagirita en comparación con la de su maestro Platón. Sólo después de muchas vicisitudes y (como bien sabemos, aunque eso Düring no lo dice) gracias a los árabes, obtuvieron difusión las obras principales de Aristóteles en el medievo europeo.

En la compilación de la herencia escrita de Aristóteles que hiciera Andrónico de Rodas poco antes de la Era Cristiana, aparecía la Retórica clasificada juntamente con la Poética. Hay quien ha afirmado que si la Retórica de Aristóteles hubiera sido incluida dentro del *Órganon*, es decir, dentro de los textos de lógica aristotélica, otro derrotero habrían seguido el pensamiento y la ciencia modernos. Esta afirmación es sin duda exagerada, pero, como toda exageración, contiene una base de verdad. Aristóteles comienza su tratado de Retórica diciendo que ésta es correlativa (antístrofa) de la Dialéctica. Con lo cual declara, ya de entrada, el carácter discursivo y de búsqueda intelectual que posteriormente se ha venido atribuyendo exclusivamente a la Lógica.

En la concepción moderna la Lógica es el instrumento u órgano del pensar correcto y verdadero, considerándose la Retórica como un mero arte

---

<sup>1</sup> I. Düring, *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, trad. del alemán, UNAM, México, 1990.

de engañar y de imponer su propia opinión a otros. Esta concepción de la retórica ya era sustentada por el propio Platón, del cual hemos heredado una imagen de los Sofistas como un gremio de embaucadores. Una reflexión sin prejuicios nos muestra, sin embargo, que la lógica supone una estructuración avanzada del pensar humano de carácter científico que sólo fue posible con el advenimiento del alfabeto y la lengua escrita, mientras que la retórica se ocupa del estudio de las formas en que el ser humano —ya anteriormente a la aparición de la escritura y de la ciencia— da expresión al sentido, comunicándose con sus semejantes, mediante el uso de la palabra. La lógica (que estudia la estructura del pensar correcto) y la gramática (que estudia la estructura del lenguaje escrito) se dan la mano, confundándose con frecuencia las categorías lógicas con las gramaticales.

Quiere decir esto que lo que la Retórica estudia es algo que está a la base de todo sistema expresivo y comunicativo humano, incluyendo al propio discurso científico, siendo la Lógica un procedimiento de cálculo destilado del pensar retórico y aplicado a sectores definidos del quehacer y la comunicación humanos. El mismísimo creador de la lógica formal moderna, Gottlob Frege, había advertido que, cuando los matemáticos discuten unos con otros, no se ciñen ya a las estrictas formas de la lógica, sino que utilizan formas discursivas de índole retórica.

La reducción de todo pensar y hablar correcto a los principios y estructuras de la Lógica ha ido acompañado de una reducción del concepto de ciencia al de ciencia positiva, es decir a una ciencia estructurada según el método de la ciencia natural y de la matemática. Pues es la matemática la que más se ajusta al modelo de la lógica formal. Con la aparición de la ciencia social moderna que trata de estudiar y entender la realidad humana objetivándola y reificándola a la manera de la ciencia natural, se desarrolla entre el siglo XIX y XX una mentalidad tecnocrática en la que la Retórica, que todavía en épocas anteriores constituía uno de los ángulos formativos del llamado *trivium*, queda relegada a un plano vulgar. El hombre moderno, tan preocupado por ver más allá de sus narices, pierde de vista la propia nariz.

## **El saber de lo fáctico y el saber de lo factible**

En la concepción aristotélica del saber humano se hacía una distinción que hemos perdido y que tampoco el pensamiento platónico-socrático entendía. Dice Aristóteles que el conocimiento humano se orienta en dos sentidos: de un lado tratamos de comprender «aquello que no puede ser de otra manera de como es» y de otro lado nos esforzamos en elucidar aquello que depende de nosotros, de nuestra actuación, y que por lo tanto «puede ser de otra manera de como es». Esta bifurcación del conocimiento suponía una división entre el conocimiento de lo fáctico, de los hechos dados,

y el conocimiento del hacer. Los *hechos* se constatan mientras que el *hacer* se delibera y tan sabio es el que conoce bien y sabe explicar la realidad dada como el que sabe actuar bien (o juzgar la actuación); si bien al primero se le llama sabio en sentido estricto y al segundo se le califica de prudente.

Una de las características del saber fáctico es su objetividad pretendidamente absoluta. Se trata de un saber de lo verdadero. Las realidades objetivas o son o no son y nuestras afirmaciones sobre ellas son verdaderas o falsas. En cambio los hechos que elegimos libre y deliberadamente y que, si hubiéramos decidido otra cosa, habrían producido otro resultado, no pueden caracterizarse como verdaderos o falsos, sino como buenos o malos, útiles o perjudiciales. Los urbanistas, por ejemplo, no se ocupan de la verdad de las zonas de vivienda y de las redes de tráfico, sino de su utilidad y ventaja, es decir de su bondad, para los ciudadanos. Y un político no trata de establecer normas de gobierno verdaderas, sino adecuadas y aceptables, es decir buenas. Paradójicamente, como diré más adelante, tampoco las obras científicas, como obras humanas, se exceptúan de ese carácter productivo o factible. Decimos que un determinado libro de ciencia es bueno, que está bien elaborado, no que sea verdadero. Sabemos también por experiencia que no basta con decir lo que es verdad, si no logramos hacerlo creíble y aceptable.

En líneas generales podríamos decir que la retórica es primordialmente el discurso de lo bueno, mientras que la lógica se ocupa del discurso de lo verdadero. Pero la relación entre lo verdadero y lo bueno, entre lo fáctico y lo factible (creado por decisión humana), no es entre ámbitos dicotómicamente separables e independientes uno de otro. Constatamos lo que es un hecho dado y real. Deliberamos acerca de lo que debemos o no debemos producir. Pero no podemos prescindir de lo dado para crear o producir lo nuevo, ya que nuestras posibilidades de actuar están también determinadas por lo dado, por las circunstancias objetivas previas. Un conocimiento de lo verdadero, de lo dado, es así una condición indispensable, aunque no suficiente, del actuar. El famoso lema de Francis Bacon «Saber es poder», que ha sido interpretado como el lema del pensar práctico moderno, alude a esa conexión entre lo fáctico y lo factible y supera el conocimiento científico aristotélico basado en la pura observación, completándolo con el experimento científico que obliga a la naturaleza a descubrirnos nuevos hechos que antes nos eran ocultos, aumentando así también el ámbito de nuestra posibilidad de actuación. Necesitamos saber más para poder ampliar el ámbito de nuestra actuación y para actuar mejor.

Pero si bien lo bueno y útil, lo producido por la acción humana, depende de los hechos dados, el conocimiento de los hechos dados también depende de la bondad y utilidad de la acción humana. Pues el pensar humano es también una forma de actuación y solamente un buen pensar y un estudio correcto de la realidad puede conducirnos a un conocimiento ver-

dadero de los hechos. Para Sócrates y Platón lo bueno venía determinado por lo verdadero y el que sabía lo que era la bondad actuaba también bien. En la perspectiva aristotélica sería más bien al revés. El buen médico no es el que sabe lo que significa la salud ni el que sabe mucho de enfermedades sino el que sabe curar a sus enfermos. La patología es útil y necesaria para la labor médica, pero el conocimiento de la biografía del enfermo es indispensable. Pues la enfermedad como tal no existe, lo que realmente existe es el enfermo, siendo la enfermedad (el cáncer, el SIDA, etc.) una abstracción creada a partir de la observación de casos concretos.

Si bien la ciencia ha de estar basada en hechos verdaderos, la ciencia misma es una elaboración teórica humana que requiere estar bien construida. Por eso hay teorías y ciencias mejores o peores. Según el tipo de conceptos, categorías, definiciones y principios que elijamos y los métodos de inferencia que sigamos, alcanzaremos una comprensión y daremos una explicación mejor o peor de una realidad dada.

Se distinguía antiguamente entre las Ciencias y las Artes, siendo aquellas un saber puramente especulativo o teórico y éstas un saber productivo. Solamente la lengua inglesa conserva en cierto modo esa distinción. En nuestras universidades se llama hoy ciencias no solamente a las naturales y exactas, sino que se habla de ciencias económicas, ciencias políticas y saberes productivos como la ingeniería, el urbanismo, la pedagogía, la economía de la empresa, las tareas sociales, la ergonomía y organización del trabajo, etc. etc. son denominadas ciencias. Pues bien, ahora que todas las artes se han convertido en ciencias, es bueno recordar que también la ciencia, considerada como actividad productora de teorías y modelos, es un arte.

La subordinación de toda elaboración teórica y de toda producción a un criterio de bondad y utilidad hace que la lógica sea desbordada por un tipo de discurso regido por condiciones más amplias, por un discurso que sólo la Retórica es capaz de explicar adecuadamente. El conocimiento de los hechos es urgido por la necesidad de producción y la elección de un producto u otro está regida, en última instancia, por su capacidad de servir a los intereses del hombre y de la sociedad. Lo cual complica en cierto modo el problema de la práctica, distinguiendo aquello que es bueno para alcanzar un fin y aquello que es bueno para el ser humano y la sociedad. Dice Aristóteles que no es el cocinero sino el comensal quien sabe lo que es un buen banquete y que no es el constructor de barcos sino el navegante el que sabe lo que es un buen barco. Es decir, que necesitamos ampliar nuestro *saber* para *obrar* y vivir mejor y es el buen producto y la buena vida lo que determina nuestra elección. La habilidad productiva del artesano y del artista se complementa con el buen juicio del hombre prudente. Ambas se adquieren mediante el ejercicio y la experiencia, en un caso de la producción y en el otro de la virtud. De ahí se desprende que la ética y la política, la deliberación acerca de lo bueno para el hombre y para la

sociedad, suponen un conocimiento deliberativo que sobrepasa no sólo a la mera lógica de los hechos sino también a la mera técnica de la producción. Ese conocimiento deliberativo de lo razonable y no sólo de lo racional es lo que la retórica nos enseña a comprender. La retórica es el uso ético de la palabra, la deliberación sobre lo que, en última instancia, es bueno o malo.

Una Retórica reducida al mero carácter de técnica de la persuasión, a despecho del bien social, es concebible si el discurso se reduce a la mera eficacia, desentendiéndose de toda consideración ética. Esa es la concepción platónica de la retórica, heredada por nosotros. Pero la eficiencia, el utilitarismo y aun el maquiavelismo, aun cuando justifiquen la elección de ciertos medios, no justifican la elección de los fines. Si bien la retórica como arte al servicio de la producción puede ayudarnos a evaluar la eficacia de lo hecho y a deliberar sobre la adecuación de ciertos medios para alcanzar los fines propuestos, eso no nos libera de decidir si los fines alcanzados o los fines elegidos son justificables. La retórica encuentra así su papel último en la deliberación y la evaluación ética.

## Naturaleza y humanidad

Hay, decíamos, una conexión interactiva y dialéctica entre el conocer de aquello que no puede ser de otro modo y aquello que puede ser de otro modo, es decir entre el saber de los hechos y el saber hacer o el saber obrar. Pero los llamados hechos son también de dos clases, ya que hay hechos humanos y hechos naturales. Esta es la clave de la filosofía de Vico, quien advirtiendo que hay hechos de la naturaleza y hechos humanos formula su tesis del *factum verum* según la cual, dice, el hombre sólo puede propiamente comprender lo que él mismo ha hecho, lo demás sólo lo entiende Dios, que es el autor de lo natural.

No solamente hay hechos producidos por la naturaleza y sus leyes. Lo que los propios hombres hacen, una vez hecho, es tan irrevocable y dado como lo que es resultado de las leyes naturales. La diferencia entre los hechos naturales y los hechos humanos consumados es que los primeros se comprenden sólo externamente, analizando las causas que los produjeron, mientras que los hechos humanos dependen de intenciones y elecciones que, poniendo causas, originan efectos. Cuándo decían los antiguos que «el arte imita a la naturaleza», no se referían a una imitación del producto, sino de la actividad creadora o productiva. Pues así como la naturaleza nos descubre el encadenamiento de causas y efectos, el entendimiento humano copia esa manera de actuar poniendo deliberadamente las causas que, según la naturaleza le ha enseñado, conducen a efectos determinados.

No acusamos a la naturaleza por los daños que acarrea (que no son pocos) ni confundimos el azar con la voluntad, aun cuando el pensamiento

mítico y religioso trate de escudriñar un actor tras de los hechos naturales. En los hechos humanos hay siempre, en cambio, una posibilidad de estudiar lo contrafáctico y preguntarse por qué se hizo una cosa y no otra que habría sido igualmente posible. ¿Cuáles fueron los motivos y razones que movieron a los actores a la elección y producción de unos hechos determinados? Este tipo de análisis rebasa el nivel de la inferencia lógica y sólo puede ser entendido a nivel retórico. Es el discurso de la evaluación de hechos y de los procesos judiciales. Por eso, el convertir la evaluación en una ciencia positiva y hasta matemática, es tomar el rábano por las hojas. O bien se mezcla en esos cálculos una deliberación retórica inadvertida por el propio investigador, o no se llega a ningún resultado de valor.

Lo que según Collingwood<sup>2</sup> distingue los hechos naturales de los hechos humanos es que los primeros sólo se nos presentan como acontecimientos o fenómenos meramente externos, mientras que las acciones humanas encierran además un motivo interno. Los acontecimientos naturales se describen. Los actos humanos también pueden describirse, como los naturales, pero su comprensión exige una interpretación del sentido y la intención que se oculta tras la apariencia. La ciencia natural estudia meros acontecimientos externos, mientras que la historia busca la interpretación de los motivos o intenciones de los hechos producidos por el hombre.

Ahora bien, las acciones humanas no se oponen dicotómicamente a los hechos naturales, sino que los involucran. Los hechos humanos utilizan los acontecimientos naturales, trascendiéndolos: la intencionalidad sustituye a la causalidad, pero no la elimina. *Natura nisi parendum non vincitur*. El hombre utiliza la naturaleza para, poniendo él mismo la causa, lograr el efecto que la ley natural conlleva.

El hecho de que también las acciones humanas sean descriptibles como acontecimientos externos ha hecho posible una ciencia humana y social que reduce la acción humana a la mera conducta observable y estudia los hechos humanos con métodos similares a los de la ciencia natural. Ni que decir tiene que eso supone un cercenamiento de la comprensión de los hechos humanos. Pues los hechos humanos ofrecen un carácter más complejo y abigarrado que los meros procesos visibles y el estudio de éstos no puede ceñirse a lo que la lógica formal permite.

La comprensión y explicación de los hechos humanos tiene que hacer uso —seamos conscientes de ello o no— de los instrumentos interpretativos estudiados por la Retórica. Pero como además la actividad científica en sí es una actividad humana, tampoco la ciencia natural y el positivismo científico pueden dejar de estar subordinados de una u otra manera a la comprensión retórica. Si la Retórica estudia la actividad humana del lenguaje como expresión del pensamiento, también la ciencia es una obra del

<sup>2</sup> Collingwood, *La idea de la historia*, 2.ª ed. en español, F.C.E., México, 1965, pp. 208 y siguientes.

pensar expresada en lenguaje y sometida por ello a los mecanismos creadores de toda expresión.

Una diferencia fundamental entre el análisis meramente lógico y la interpretación retórica es que la lógica atiende a las estructuras sintácticas, neutralizando el elemento semántico del lenguaje mediante la definición y relegando el elemento pragmático y situacional a segundo término. Pero por mucho que la ciencia utilice un lenguaje preciso en el que cada término fundamental esté exactamente definido *a priori*, siendo apto para incluirse en un cálculo, no por eso se exime del poder de la metáfora y de la metonimia. Y tampoco la exposición de los libros científicos puede dejar a un lado el lenguaje difuso y la forma narrativa en la que engarza los razonamientos y cálculos formales. No hay exposición científica sin ejemplos, pero el *ejemplo* es un concepto sacado de la Retórica que consiste en una concretización narrativa que permite la comprensión indirecta de la tesis o afirmación general que trata de establecerse. El ejemplo juega —como ya Aristóteles señaló— el mismo papel en la comprensión retórica que la inducción en el razonamiento lógico.

### **Reificación y personificación en la ciencia social**

La pretendida realidad objetiva de las ciencias sociales se alza sobre un sistema conceptual en el que las acciones humanas se substantivan de manera semejante a las personificaciones de los antiguos mitos. La Ciencia Política y la Economía erigen hipóstasis como el Estado y la Nación, la Sociedad, el Progreso, la Democracia, el Parlamentarismo, la Libertad, el Mercado, la Prensa, el Dólar, la Oferta y la Demanda como si fueran agentes dotados de intenciones. Aludimos a la Universidad y la señalamos con el dedo como si la universidad fuera el edificio en que tiene lugar. Decir que «suben los Intereses del Capital» o que «el Poder corrompe» sin advertir la metonimia de esos términos, es regresar inconscientemente a la narración mítica. No le es posible al ser humano (especialmente al ser humano alfabetizado)<sup>3</sup> hablar de acciones sin reificarlas e hipostasiarlas, poniendo al sustantivo por encima del verbo y otorgando al ojo y a la mano la hegemonía sobre el oído y la voz. Pero solamente la investigación retórica nos hace conscientes de esta *conditio sine qua non* del conocimiento humano.

### **La explicación lógica y la comprensión retórica de la realidad**

Mientras que la lógica científica desconoce la realidad concreta y la temporalidad, confundiendo el hecho con el mero dato, la Retórica nos hace

<sup>3</sup> W. J., Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, F.C.E., México 1987.

conscientes de que si algo se califica de hecho, es porque es un participio del verbo hacer. Una evaluación de los hechos los trasciende, buscando la comparación de lo fáctico con lo contrafáctico, juzgando lo que se hizo en relación con lo que pudo haberse hecho y no se hizo. El llamado *género judicial* de la retórica nos conduce al estudio de los hechos no por su mera apariencia, sino por su intencionalidad. Lo más importante para un juez (o de un evaluador consciente de lo que hace) no es el que algo sea un hecho consumado, sino el porqué lo fue. Y el llamado *género deliberativo* que se ocupa de las decisiones futuras y que constituye la base de toda actividad política (pero también de toda planificación, de toda empresa y de todo proyecto), en absoluto estudia la verdad o la falsedad de algo que todavía no se ha realizado, sino de la conveniencia o no-conveniencia de realizarlo.

Por si no quedara patente que esa forma de razonamiento sobrepasa al ámbito de la comprensión científica tradicional y del uso de la lógica formal, conviene recordar que mientras la ciencia positiva sólo se ocupa de lo que estrictamente dice, sin admitir en su cálculo la personalidad y los motivos de quien lo dice, de en qué contexto social lo dice, ni las implicaciones interpretables y no deducibles de lo dicho, la Retórica nos enseña a explicitar todo aquello que una situación comunicativa, científica o no, conlleva: «¿Quién dice esto?», «¿Qué dice esto de quien lo dice?», «¿Qué revela lo dicho sin decirlo?», «¿Por qué dice esto?», «¿Qué imagen u opinión tiene de su interlocutor o lector al decir lo que dice?», «¿En qué se funda al decir lo que dice?», etc.

Los tres tópicos retóricos aristotélicos *ethos*, *pathos*, *lógos* son elementos heurísticos que alientan la atención y la comprensión de los hechos en toda su complejidad. Y la teoría de los tropos o figuras (la metáfora, la metonimia, la sinécdoque) que la tradición reduccionista de la retórica ha convertido en ornamentos del lenguaje, es en realidad una teoría psicolingüística de la expresión, es decir de la materialización o encarnación del sentido.

La Retórica no se reduce a ser una técnica de la persuasión, ni tampoco simplemente un arte de orador profesional que se dirige a un público, menos aún el arte de hablar de aquello que carece de fundamento, como si el diálogo entre varias personas y la búsqueda de la autocomprensión y de la comprensión mutua a través de la deliberación, sin excluir la discusión de problemas bien fundamentados y científicos o la toma de decisiones, estuvieran al margen de la retórica.

Por supuesto que la Retórica puede investigar cómo hacen los que tratan de persuadir o manipular la opinión y cómo se comporta el orador solitario ante el público o cómo se desarrolla una charla sin fundamento. Pero para poder explicar todo eso es preciso tener claro lo que significa hablar, es decir, lo que significa que el ser humano tenga esa extraña virtud de representar lo que tiene en mientes y lo que concibe en la realidad

en forma de sonidos articulados y de símbolos escritos. Y para entender lo que está mal hecho o mal dicho, hay que tener, de alguna manera, una idea de lo que es hacer algo bien o decir algo bien. La bondad es la medida de lo malo, siendo lo malo la ausencia de bondad<sup>4</sup>.

En la *Política* de Aristóteles hay un pasaje significativo que muchos citan y pocos han leído, un pasaje que le da cien vueltas a la tan pretenciosa como poco esclarecedora Teoría de la Comunicación de Jürgen Habermas:

«El hecho de que el ser humano sea un animal social en mayor grado que la abeja o cualquier otro animal gregario, tiene una explicación evidente. Es común afirmar que la naturaleza no hace nada en vano y el ser humano es el único que goza de la facultad de la palabra (*lógos*). Pues mientras la voz pura y simple es expresión de dolor o placer y es común a todos los animales, cuya naturaleza les permite sentir dolor o placer y la posibilidad de señalárselo unos a otros, la palabra humana o *lógos* sirve para manifestar lo que es conveniente y lo que es perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Pues esto es lo que caracteriza al ser humano, distinguiéndole de los demás animales: el hecho de poseer en exclusiva el sentido del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, y de los demás valores. Y la participación en común de estas cosas es constitutiva de la familia y de la comunidad local.» (*Pol.* {1253a 7 ss.}).

La Retórica y el aparato conceptual creado por Aristóteles aventajan a la terminología científica de las modernas ciencias de la comunicación, proporcionándonos un instrumento adecuado para el análisis y la comprensión de la actividad humana que no lo sería sin la ayuda del lenguaje. Si la concepción aristotélica otorga a la Retórica un fundamento antropológico, la concepción de la Retórica por Quintiliano como *ars bene dicendi*, como el arte de educar al ser humano en la virtud mediante el dominio del lenguaje (*vir bonus dicendi peritus*) le otorga el valor de cimiento de toda formación humana.

La revalorización de la Retórica es necesaria como antídoto de la mentalidad tecnocrática a que nos tiene abocados la civilización moderna. *Sapere aude*, era el lema todavía utópico, por no logrado, de la Ilustración. La Retórica no es solamente el arte de hablar bien, sino también el arte de escuchar debidamente.

<sup>4</sup> Tengo ciertas dudas sobre la afirmación aristotélica de que sólo hay una manera de hacer algo bien y varias de hacerlo mal, pero una discusión sobre el tema no sería ociosa.